

LA

REVISTA NUEVA



ANO II.—TOMO V



Me

Diario de la Guerra del Pacífico

11, 12 i 13 de enero de 1881.

DIA 11.—Se ha celebrado un consejo de guerra en las casas de San Pedro, Cuartel Jeneral del Jeneral Baquedano, al cual han asistido, bajo la presidencia de éste, los Jenerales Maturana, jefe del Estado Mayor Jeneral; Saavedra, Inspector Jeneral del Ejército; Sotomayor, jefe de la 2.^a Division; el Coronel Lynch, jefe de la 1.^a Division; el señor José Francisco Vergara, Ministro de Guerra; el señor Joaquin Godoi, ex-Ministro de Chile en el Perú, i los señores Máximo R. Lira i Eulojio Altamirano, secretarios.

Despues de corta deliberacion queda resuelto, para el siguiente dia, levantar el campamento de Lurin, para emprender el avance de frente sobre las formidables posiciones que ocupa el ejército peruano en rededor de Chorrillos i en proteccion de Lima.

El ataque de frente de esas posiciones, por un ejército de 23,000 hombres contra los 28,000 que las guarnecen, no parece ajustarse a los saludables preceptos de la

ciencia militar, siendo opinion mui acentuada de buenas autoridades en cosas de guerra, que ellas son inabordables para todo ejército inferior de 40,000 hombres, estimándose, por lo mismo, acto de verdadera temeridad intentar su asalto, de frente, por nuestro ejército.

El jeneral Maturana, jefe del Estado Mayor Jeneral, procura en vano evidenciar a los ojos del Jeneral en Jefe, las indisputables ventajas que ofrece su bien estudiado plan de avance del ejército chileno por la via de Manchai, para desembocar por allí, de la Pampa Chica al valle del Rimac, por la Rinconada de Ate o Monterrico Chico, i caer sobre el flanco izquierdo envolviendo las dos lineas enemigas de San Juan i Miraflores, esterilizando así, para el ejército peruano, esas vastas obras de defensa, las que tendria que abandonar por inútiles ya, obligado, como se hallaria, a ejecutar un confuso repliegue de sus alas o un cambio de frente de sus lineas, al apercibirse de nuestra aparicion a sus espaldas, quizas ya dueños de la línea de Miraflores, dominando el valle del Rimac i en posesion del Callao, con lo cual resultaria cortada su comunicacion con Lima i su única via de retirada al interior, por la Oroya.

En tales condiciones, cualquier ejército mejor constituido i mas maniobrero que el peruano hallariase virtualmente vencido, sin quemarse un solo cartucho ni derramarse una sola gota de sangre.

Los empíricos partidarios del plan de ataque o *embestida de frente*, impugnando el plan científico, *oblicuo envolvente* por Ate, aducen en su apoyo las siguientes razones:

1.º Impracticabilidad de la via de Manchai para el avance del ejército i todo su material de guerra.

2.º Ineficacia de la ocupacion de Lima, dejando intacto el ejército peruano, dueño de la campiña i cortándonos la comunicacion con nuestra base, la Escuadra.

3.º Lo peligroso de una marcha de flanco, de nuestro ejército, por el frente de las líneas del enemigo.

4.º El abandono del inmenso acopio de provisiones de boca i de guerra almacenadas en Lurin, las cuales podian caer en poder del enemigo, siendo imposible conducir las en la marcha de avance.

Pero todo esto es mas aparente que real, i en ningun caso hace suficiente fuerza para justificar la desviacion de la regla.

Me fundo para ello en las siguientes razones, que espondré en el mismo orden establecido:

1.º Porque todos los reconocimientos practicados por la via de Manchai a Ate i Monterrico Chico, incluso el que yo mismo verifiqué el dia 30 de Diciembre, de orden del Jeneral en Jefe, se hallan contestes en lo practicable que es esa via para el ejército i todo su material de guerra.

2.º Se discurre en el errado supuesto de ser Lima i no el Callao el objetivo inmediato i razonable de la evolucion envolvente por Ate, operacion que nos pondria en inmediata i franca comunicacion con la Escuadra.

3.º Hai que tener presente que, si bien por regla jeneral, la marcha de flanco de un ejército por el frente de la línea del contrario es condenada justamente como operacion táctica, la marcha propuesta, de nuestro ejército, desembocando al valle del Rimac por Ate, entre Vitarte i Monterrico Chico, nos presentaria allí en situacion, no, como parece creerse, de recorrer el frente de la línea de San Juan de occidente a oriente, sino de eje-

cutar un movimiento oblicuo, mas allá i aun libres del frente de la parte mas débil de esa línea, por su extremo de la ábra del Cascajal.

4.º Este punto es grave, i mas que una justificacion implicaria mas bien un capitulo de cargos que podria hacérsele al Jeneral en Jefe de un ejército destinado a operar activamente en territorio enemigo i a las inmediaciones del ejército contrario en posicion. En efecto, no es fácil esplicarse la razon que haya podido inducir al Jeneral Baquedano a permitir se entrabe su propia libertad de accion a la vista del ejército peruano, con el acarreo difícil i acopio excesivo de provisiones de guerra i de boca, para arrumarlas en los almacenes de Lurin, cuando ha podido mantenerlas en seguridad en las bodegas de los trasportes, alli a la mano, contando con todas las facilidades para proveerse de ellas en cantidades proporcionadas al día o a cortos periodos de tiempo. Pero aun así, grave como era el caso, no era de todo punto insubsanable esta falta, si podia disponerse de un regular destacamento de tropas que, con el apoyo de uno de los buques de guerra, resguardara esos almacenes, para el caso hipotético de que los peruanos intentaran merodear por alli distrayendo parte de sus fuerzas en los momentos criticos en que nuestro ejército amagaria envolver sus posiciones, comprometiendo fatalmente su suerte.

El Jeneral Baquedano ha producido otro argumento mas atendible en apoyo de su plan, i consiste en la ciega confianza que le merece la superior calidad de sus oficiales i tropa, i en las ventajas que se promete derivar de su propósito de atacar las posiciones del enemigo de sorpresa i amparado por las sombras de la noche.

Esta táctica tiene su aplicacion justificada en muchos casos; pero nunca si ha sido posible evitarla, consultando la economía de la sangre, en cuyo caso ese arbitrio nunca escapa a la sancion severa de la opinion pública, que, si bien discierne los laureles de la victoria al Jeneral afortunado, estos laurales se marchitan en tan breve tiempo en sus sienas como dura su propio prestigio de guerrero.

El 2 de Noviembre del 79 debió hacer su época entre nosotros la táctica de los confiados i audaces a espensas de la sangre jenerosa del pueblo chileno. Asi debia hacerlo esperar aquel tremendo epigrama escrito con gruesos caractéres por los oficiales del acorazado ingles *Triumph* en la playa de Pisagua i que el rubor me impide estampar en estos mismos apuntes. Alli el éxito coronó al Jeneral Escala en su *embestida de frente* de una posicion cuyo ataque envolvente era claramente indicado al ojo ménos perspicaz de cualquier militar medianamente iniciado en su oficio.

Cuando en la Crimea, por efecto de una errada interpretacion de órdenes se ejecutó, por la caballería lijera del ejército inglés, la famosa carga de Balaclava, el Jeneral Canrobert, que de lejos la presenciaba, exclamó admirado: «Heroico, espléndido, pero..... eso no es la guerra...!»

Con mas dureza, aun cuando no con tanta como la empleada con el Jeneral Escala por los oficiales ingleses en Pisagua, el Jeneral Gorchacoff, a cuya presencia fué conducido un oficial inglés con bandera de parlamento al dia siguiente de esa batalla, le dijo: «La carga que ejecutó ayer la caballería inglesa fué admirable:

pero, permítame usted decirlo con toda franqueza, ella fué muy estúpida (*très bête...*)

Esa carga ejecutada sin consultar los preceptos de la táctica, enalteció en sumo grado el denuedo del soldado inglés, pero sin ningun otro resultado práctico que el de cubrir de luto a la nobleza de la Gran Bretaña; i el bizarro comandante en jefe de la caballería inglesa en Crimea, Lord Cardigan, fué sometido a un consejo de guerra, el cual oyendo sus descargos, al fin le absolvió: habia obrado en cumplimiento de órdenes mal transmitidas. La caballería lijera del ejército inglés en Crimea, compuesta de unos 670 hombres, cargó contra todo un ejército de 5,000 rusos: infantería, caballería i artillería en posicion de batalla. De los 670 solo 200 sobrevivieron a ese acto, i de éstos no habia uno solo que no hubiera recibido una herida mas o ménos grave. La oficialidad de la caballería lijera era toda relacionada con las familias mas nobles de la Gran Bretaña.

Los principios de la guerra están basados en la habilidad i en la fuerza, respectivamente, de la naturaleza humana, i se traducen en preceptos o máximas i aun en verdaderos axiomas que es necesario atender muy cuidadosamente; pero, en las situaciones imprevistas, no poco comunes en la guerra, mucho hai que fiar a la sagacidad i a la propia iniciativa de un buen comandante, que sabrá siempre sacar oportuna ventaja de las dotes de su propio ingenio i de lo extraordinario mismo de la situacion difícil, en presencia del comandante tímido, que, empeñado en vano en hallar la fórmula reglamentaria para evitar pérdidas, deje pasar el momento propicio i pierda la única oportunidad de alcanzar el éxito.

Pero esta no es la situacion del Jeneral Baquedano,

dentro i fuera de su gabinete del Cuartel Jeneral de San Pedro. Por todas partes el horizonte se le presenta allí mui despejado e iluminado de sobra por las sábias indicaciones de sus mejores consejeros.

La línea de San Juan se halla formada sobre la cresta de una agrupacion de cerros de una elevacion media entre 160 i 170 metros sobre el nivel del mar, sobresaliendo, por su elevacion de 275 metros, el Morro Solar. La línea se estiende de occidente a oriente, o sea del Salto del Fraile a Monterrico Chico, midiendo unas tres leguas chilenas de un extremo a otro, i presentando tres frentes: uno, enfrentando al occidente, del Salto del Fraile a Caleta Achira, se forma por los cerros i reducidos que defienden el Morro Solar; otro, de occidente a oriente, entre Caleta Achira i Santa Teresa, da frente al Sur; i el otro se estiende de Santa Teresa a San Juan i Monterrico Chico, i corre de sur a norte con pequeña inclinacion hácia el este, enfrentando a la Pampa, la cual asume diversas denominaciones, a saber: Pampa Grande, entre Villa i San Juan; Pamplona, frente a la ábra de San Juan; i Cascajal, inmediata a Monterrico Chico.

En el gran reconocimiento del dia 6, en compañía del capitán Ackland, de la marina inglesa, oficial tan distinguido como discreto caballero, hice, con el auxilio de mi anteojo, un estudio de las posiciones que dan frente a la Pampa Grande, i dibujé en mi cartera ese órden de cerros, marcando sus obras de defensa. El capitán Ackland hizo otro dibujo; los cotejamos luego, i convencidos de su conformidad, cada cual guardó el suyo.

En toda su estension, el coronamiento de los cerros que forman este frente de la línea enemiga, se halla eri-

zado de cañones con obras de defensa formadas de reductos i de trincheras de sacos de arena i fosos que cruzan la pampa por el frente de la línea o la recorren por el pié de los cerros, con espaldones formados con la tierra estraída al cavarlos i detras de los cuales la infantería puede impunemente cruzar sus fuegos de mampuesto. Además, el terreno, por el frente, se halla sembrado de minas automáticas, calculadas para hacer esplosion bajo el pié de la tropa asaltante.

Por este lado, la parte mas importante i mas artillada de la línea se halla comprendida entre Santa Teresa i San Juan. Las obras defensivas decaen en importancia a medida que se alejan hácia el oriente.

DÍA 12.—Resuelto el plan de ataque de frente e impartidas las órdenes del caso por el Estado Mayor Jeneral, el Ejército levanta su campamento a las 4 ¹/₂ P. M. de este día. Nótase extraordinario movimiento en todos los cuarteles, reflejándose en todos los semblantes la intensa satisfaccion que rebosa en todos los corazones, al ver, al fin, cumplirse el patriótico anhelo de ir a enarbolar el querido tricolor de Chile en las almenas del antiguo palacio de los soberbios vireyes del Perú i de sus ingratos moradores de hoi.

A las 7 ha terminado el desfile; solo quedan en Lurin el capitán don Francisco Lopez i el alférez don Enrique Padilla, con piquetes del Curicó i de Granaderos a Caballo, para cuidar de los enfermos, los bagajes i los bien abastecidos almacenes del Ejército.

Toda la caballería permanece tambien en sus alojamientos, para emprender la marcha a las 10 de la noche, calculando llegue fresca al campo de accion i que

la polvareda que produce en su marcha no denuncie al enemigo el avance del ejército.

Los cuerpos de la 1.^a Division atraviesan primero el hermoso puente de fierro, colgante, del rio Lurin. Les siguen las demas divisiones por su órden. La artillería de campaña atraviesa el rio algo mas arriba, por un puente improvisado *ad hoc*. Las divisiones avanzan de frente, en órden paralelo entre sí, i despues de una hora de marcha todo el ejército se halla concentrado en La Tablada, pernoctando allí durante pocas horas para continuar avanzando, ántes de aclarar, en direccion de los puntos desde los cuales deben emprender el asalto de la línea enemiga.

El Jeneral Baquedano ha anunciado su partida para las 5 P. M. Llegada esta hora, todos sus ayudantes de campo i la escolta le esperan del lado afuera de las casas de San Pedro.

Puntualmente se presente el Jeneral en Jefe. Viste el uniforme de diario de su alto rango: levita azul, a la prusiana, con doble botonadura i presillas, kèpi azul, bordado de laureles, i con pantalon garance, galoneado. Se sienta pasablemente a caballo i parece confiado en su estrella.

Al subir en *Diamante*, su caballo favorito de batalla, uno de sus mas íntimos confidentes le ha observado, en tono familiar, que se halla en son de guerra, con pantalon colorado. «Si, sí, vamos a pelear, a pelear,» replica con viveza el Jeneral, parodiando, sin sospecharlo, la primera elocuencia del orador de Atenas.

Una numerosa i brillante comitiva forma el séquito del Jeneral en Jefe. El anciano Jeneral Saavedra, de elevada talla, pero ya encorvado por los años, con som-

brero cucalon, manta cari, paletó de largos faldones i descubriendo el blanco calcetin debajo del pantalon arremangado, i montando caballo de raquítica alzada, hace figura mui poco lucida i militar en medio de aquel bizarro grupo de animosos guerreros. En su calidad de Inspector Jeneral del Ejército en campaña, el rol del Jeneral Saavedra es el de simple espectador de los sucesos que van a desarrollarse este dia. Alegando su avanzada edad, ha declinado la proposicion que le hace el Jeneral en Jefe, de dirigir al fuego una de las divisiones del Ejército. Sin embargo, despues de Miraflores, es raro no tuviera presente esta misma excusa, cuando se le propuso o él mismo solicitó, el mando de la columna de honor organizada para entrar, la primera, a tomar posesion de Lima, cuyo honor debió, en justicia, haber declinado en uno de los jefes divisionarios mediante a cuya intelijencia i esfuerzo alcanzárase el éxito de la campaña. Le siguen los señores Vergara, Altamirano, Lira, Errázuriz, Godoi i los ayudantes de campo, los oficiales extranjeros i muchos otros del órden civil i militar.

DIA 13.—A las 2 A. M. ha llegado el Jeneral a la Pampa Grande. La luna, empañada por densa *camanchaca*, no permite descubrir lo que pasa en rededor, i el Jeneral envia sus ayudantes en todas direcciones procurando cerciorarse de si todas las divisiones han penetrado en la pampa i llevan, en su marcha, la direccion conveniente. Despues de permanecer por allí durante algun tiempo, toda la comitiva pasa a instalarse en el punto elejido por el Jeneral el dia 6, para observar la batalla. Es ésta una meseta de pequeña elevacion, al pié de los empinados cerros que separan La Tablada de la Pampa Grande, a unos 3,500 metros frente a la mediania del órden de

cerros que corren de Santa Teresa a San Juan. Del pié de aquellos cerros, el terreno sigue en descenso con pronunciada inclinacion por corto espacio, i luego asume la línea horizontal de la pampa hasta encontrarse con los cerros del frente.

A las 4 ¹/₂ ya el horizonte va despejándose notablemente con la claridad del alba. Se percibe el movimiento i el bullicio del avance de las columnas por nuestro frente. Una multitud de carros del parque, ambulancias i equipajes, las siguen envueltas en espesas nubes de polvo.

Desde el punto de observacion del Jeneral Baquedano i su Estado Mayor, solo se descubre en silueta la línea enemiga entre Santa Teresa, por el lado de Villa, hasta San Juan i la pampa de Pamplona. Mas al oriente, los cerros apénas se perciben a la distancia con la escasa claridad de esa hora del dia. A espalda de este órden de cerros se destaca, mui prominente i en mas oscuras tintas, la silueta del Morro Solar i de los demas cerros que por esa parte terminan, al poniente, en el Salto del Fraile.

La infantería avanza en columnas por rejimientos hasta ocupar los puntos iniciales del asalto. Llegada allí, despliega en batalla i los primeros batallones se estien den en guerrilla (órden disperso) i avanzan al frente para romper sus fuegos a la distancia convenida, i luego avanzar al asalto, a paso de carga i bayoneta calada. Los segundos batallones permanecen a retaguardia, distribuidos en secciones proporcionadas para atender oportunamente al refuerzo de la línea de tiradores, por el centro o las alas, o bien para servir de puntos de repliegue en caso necesario.

Los oficiales extranjeros admiran la precision de las

evoluciones de la infantería i la buena apostura de la tropa, como así mismo su bizarro comportamiento en la batalla.

A las 5 se percibe el estampido del primer cañonazo por la parte de Santa Teresa. El coronel Lynch ha iniciado la batalla. Se nota extraordinaria agitacion en los grupos formados por la comitiva del Jeneral en Jefe, i todos los anteojos son puestos en requisicion procurando descubrir lo que pasa por el frente.

Hasta este momento, el Jeneral sabe que la 2.^a Division no aparece aun en la pampa, circunstancia que deja cortada por el centro nuestra línea de batalla, ya empeñada en todas direcciones.

El Jeneral me ha hecho llamar i me ordena mantenerme a su costado i anotar, reloj en mano, los incidentes de la batalla. Así habia estado haciéndolo, apuntando en mi cartera, sobre el arzon de mi montura, todo lo ocurrido hasta ese momento.

Los ayudantes se suceden de parte del coronel Lynch en demanda de refuerzos, porque se halla agobiado por el numero abrumador de enemigos que le disputan el paso. Con la ausencia de la 2.^a Division, las tropas enemigas que guarnecen a San Juan, han quedado disponibles para oponerse, por el lado de Santa Teresa, al avance de la 1.^a Division chilena.

La batalla se ha empeñado por esa parte con mucha viveza. Una batería de campaña del primer Regimiento de Artillería, apoya, desde la izquierda del divisadero del Jeneral en Jefe, a la 1.^a Division, distraiendo los fuegos de la numerosa Artillería agrupada en esa parte de la línea enemiga. Por este tiempo el coronel Lynch

se halla seriamente comprometido, i nuestra línea en mui malas condiciones para evitar los efectos posibles de un contratiempo de esa Division del Ejército. Así lo comprende el Jeneral en Jefe i en vano procura ocultar las zozobras que atormentan su espíritu. Por lo demas, a nadie allí se le oculta tampoco lo crítico del momento.

¿Qué es de Emilio?

¿A dónde se ha ido la 2.^a Division? esclama de continuo el Jeneral, con mal disimulada impaciencia, a medida que el fuego arrecia mas i mas por el lado de Villa i Santa Teresa.

Acertando a encararse a uno de sus ayudantes, allí presente, dirijiéndole aquella interpelacion, considérase éste autorizado para observarle al Jeneral que hace tiempo percibe algo a la izquierda, la presencia de la Reserva, formada en columnas i esperando órdenes.

El Jeneral afecta no dar importancia alguna a esta aparentemente sencilla insinuacion de uno de sus subordinados. Pero no hai tiempo que desperdiciar, i llamando mui luego a sus ayudantes, coronel Valdivieso i capitán Sarratea, les ordena ir con toda precision a hacer avanzar inmediatamente la Reserva, en línea recta hácia Santa Teresa i por Villa, en proteccion del coronel Lynch.

He anotado en mi cartera el incidente como mui digno de ser recordado. Son las 5 1/2 A. M.

Momentos mas tarde, llega a escape el Jeneral Sotomayor i remata su jadeante tordillo a pocos pasos al costado del Jeneral en Jefe. Viene cubierto de polvo; una mina ha hecho esplosion debajo de su caballo. Va a hablar, pero el Jeneral, sin darle tiempo para proferir una sola palabra, i alargando el brazo en direccion de

San Juan, con ademan tranquilo pero severo le dice: «¡Allá, allá, Jeneral, allá está San Juan!»

El Jeneral Sotomayor no espera mas, i clavando las espuelas en los hijares de su caballo, vuela a ponerse al frente de su Division i empuja sus columnas con el ardor que la conciencia de su falta le sujere. Se abre paso a traves de fosos, zanjas, trincheras i reductos; arrolla a bayoneta calada a los batallones peruanos, matando a todos los que alcanza el fuego i la bayoneta de sus soldados. La posicion de San Juan está tomada i la confianza renace en todos los corazones.....

La victoria todo lo cubre con manto de jeneroso olvido.....

A las 6 regresa el comandante don Wenceslao Búl-nes, ayudante del Jeneral en Jefe, anunciando, de parte del coronel Lynch, que la derecha del enemigo ha cedido tambien al empuje i a la firmeza heróica de la 1.ª Division.

La Reserva habia llegado mui a tiempo en su axilio

Desde este momento la batalla, que se habia jeneralizado en toda la linea, sigue con variadas intermitencias.

A las 6^{1/2} el fuego recrudece con mucha intensidad por Villa; a las 6^{3/4}, afloja notablemente por todas partes; a las 7^{3/4} vuelve a arreciar por Villa; a las 9 el fuego ha cesado por todas partes, i solo se perciben, a la distancia, los disparos de rifle de los fujitivos. La batalla de San Juan está ganada. El enemigo, desalojado de todas sus posiciones, es perseguido en direccion a Chorrillos.

A las 9^{1/4} el Jeneral Baquedano avanza con toda su comitiva por la pampa i asciende las alturas de San Juan. Es espantosa la matanza i los estragos que ha ha-

bido aquí: carros destrozados, artillería desmontada, hombres i bestias tendidos por montones en el suelo. En toda la estension de la línea de fosos cavados para la defensa de la infantería, a lo largo del cordón de cerros que forman esta parte de las posiciones del enemigo, yacen tendidos los batallones peruanos, hacinados los individuos unos sobre otros en estrañas actitudes. Acosados por los flancos i retaguardia por los nuestros, i sin salida posible, habíanse replegado allí sin que les fuera dado avanzar ni retroceder en ningun sentido, con el fuego i los yataganes de nuestros infantes por el frente i los flancos, i a sus espaldas los fosos cavados para la propia defensa i que serian su sepultura. Allí no hai uno solo que dé señales de vida. Nuestros soldados han sido despiadados i crueles en su venganza de las crueldades inauditas de Tarapacá.....

A las 9^{1/2}, el Jeneral me ordena ir a contener al Chillan, que se ha avanzado con exceso en persecucion del enemigo.

Los Granaderos a Caballo ejecutan una carga en ala. La considero de puro embeleco, pues por allí no hai enemigos que perseguir, porque los cuerpos peruanos se han replegado sobre el Morro Solar i el pueblo de Chorrillos.

Apenas se percibe, a la distancia, el disparo del rifle de uno que otro fujitivo al amparo de los accidentes del terreno. Esta carga nos ha dado por único resultado la muerte del comandante don Tomas Yávar, uno de nuestros mas brillantes oficiales de caballería.

La batalla de San Juan ha terminado. Hai que librar otra batalla para desalojar al enemigo, encastillado en la ciudad de Chorrillos i el Morro Solar.

El Cuartel Jeneral se traslada a Chorrillos. La ciudad arde en todas direcciones. Cada edificio es una fortaleza. De todas las ventanas, puertas i techos se hace un vivísimo fuego.

La confusion es indescriptible. La tropa de nuestro ejército se confunde con la peruana, saciando su sed ciega de sangre i de licor. Todos los establecimientos industriales son invadidos. Los fuegos se cruzan en todos sentidos.

Los combatientes, estenuados por la fatiga i por el exceso del licor, caen al suelo i se dejan reducir a cenizas. Los ayes i los gritos de los combatientes i no combatientes, unidos al estampido del cañon por la parte del Morro Solar, contribuyen a dar mayor realce aun a lo lúgubre de esta escena de ruina i de muerte.

¡Qué horrible espectáculo ofrece una ciudad tomada por asalto en tales condiciones! ¡Qué episodios i qué de escenas desgarradoras...!

El Jeneral en Jefe me hace llamar a su presencia i me ordena disponer de toda la caballería del ejército i que proceda a introducir el orden en la ciudad.

Tomo el mando de Granaderos i Cazadores a Caballo i hago circunvalar la ciudad con un cordon de dobles centinelas en cada boca calle, con orden espresa de impedir la entrada a toda tropa que no sea en formacion i bajo un mando responsable. Distribuyo el resto en varios piquetes al mando de oficiales, para que recorran la ciudad i hagan salir de ella a todo individuo que no se halle en formacion.

Me reservo una compañía de Granaderos a Caballo i recorro la ciudad haciendo sean cumplidas enérgicamente las órdenes impartidas.

Corro muchos peligros este día. En muchos casos he debido echar pié a tierra, i a la cabeza de los Granaderos asaltar a viva fuerza, revólver i espada en mano, varios de los edificios incendiados desde donde los peruanos hacen la resistencia mas tenaz.

En muchas ocasiones he espuesto mi propia vida para salvar la de muchos extranjeros, mujeres i jente inofensiva.

Despues de restablecido en mucha parte el orden, se hace cargo de la policía de la ciudad el comandante del Batallon Búlnes, don José Echeverría.

Los detalles de esta batalla serán tema de un otro capítulo, como que debo considerarla independiente de la batalla de San Juan i de la próxima de Miraflores, de la cual tambien habré de ocuparme en vista de los apuntes de mi diario de campaña.

JORJE WOOD A.
